

De Pierre Hadot (París, 1922; Orsay, 2010) podría decirse, sin exagerar, que encarnó en nuestro tiempo la figura clásica del sabio. Que no sea una exageración no quiere decir, sin embargo, que no haya que matizar: la figura del sabio es una figura mayor en la que hay que advertir, como en filigrana, la figura menor del filósofo. El filósofo no es el sabio: su sabiduría se limita a saber que no sabe. Saber que no sabe algunas cosas, las cosas más importantes y lo más importante de todas las cosas —lo único necesario, en realidad—, es la sabiduría del filósofo. En comparación con lo que saben los demás, el filósofo sabe más y menos al mismo tiempo; solo en comparación con lo que saben los demás puede decirse del filósofo que sea un sabio, algo que el propio filósofo no dirá nunca de sí mismo: respecto a lo que sabe, el filósofo se muestra siempre irónico y reticente. Sabio y filósofo son figuras recurrentes en la obra de Hadot, a quien le gustaba citar a Thoreau: en la actualidad hay profesores de filosofía, pero no filósofos. Sin embargo, añadía Thoreau, la filosofía es admirable de profesar porque un día fue admirable de vivir. Que la filosofía sea un modo de vivir es la definición que Hadot prefería. Una de las formas de vivir como un filósofo es leer filosofía, porque escribir fue una de las formas de vivir que la filosofía prefirió a la muerte de Sócrates. Otra fue la escuela, que convertiría a los filósofos en profesores de filosofía. Hadot fue, en lo esencial, un lector de filosofía y un comentarista de textos de filosofía. La prioridad del texto respecto al intérprete obliga a ser literal: cualquier lector de los comentarios de Hadot a Plotino o Marco Aurelio habrá apreciado esa cualidad que Hadot echaba en falta en nuestro tiempo y que permite, sin embargo, captar el sentido de las aparentes incoherencias de los grandes textos de la filosofía. Esas incoherencias, que con frecuencia han proporcionado un pretexto para que los lectores modernos hayan creído entender a los autores clásicos mejor de lo que los autores clásicos se entendían

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 2
2013/2
ISSN 2255-2022

ANTONI BOSCH-VECIANA, *El moviment lector de Pierre Hadot*, prefacio de Arnold I. Davidson, AEAU, Barcelona, 2013, 170 pp. ISBN 978-84-941058-1-4.



ANTONI BOSCH-VECIANA

El moviment lector de Pierre Hadot

PREFACI D'ARNOLD I. DAVIDSON

Palabras clave:

sabio
filosofía
ascesis
vida



a sí mismos, son las expresiones superficiales de lo que Platón llamó la necesidad logográfica de la escritura filosófica. Para aprender a filosofar hay que aprender a leer.

Antoni Bosch-Veciana ha reunido en *El moviment lector de Pierre Hadot* dos lecciones —o lecturas— sobre su figura y su obra impartidas en 2009 y 2010. La muerte de Hadot entre una y otra le da al resultado un aspecto que conviene tener en cuenta: la muerte de un autor cierra su obra. En la medida en que aprender a morir es tan importante para un filósofo como aprender a vivir, a dialogar o a leer, la muerte de un filósofo es, en sí misma, una enseñanza que se transmite a su obra.

La primera lección de Bosch-Veciana lleva por título ‘Pierre Hadot, lector de la antigüedad: la contemporaneidad de la vida filosófica’. La tensión entre la antigüedad y la contemporaneidad es una tensión intrínseca en la obra de Hadot. Es un mérito de Bosch-Veciana haber llamado la atención sobre la influencia de Nietzsche en Hadot. De una manera que resulta perfectamente comprensible, Hadot se enfrentó a Nietzsche comentando un comentario a su obra: el prefacio de Hadot a la reedición de la traducción francesa de *Nietzsche. Versuch einer Mythologie* de Ernst Bertram es uno de sus textos más importantes, que reobra, en la lectura, sobre su consideración de la figura de Sócrates y el significado del sentido histórico y de la relación de la filosofía con la ascesis: como Nietzsche había estipulado, en un examen histórico serio —y la filosofía debe ser capaz de un examen histórico serio— se pone de manifiesto que el vínculo entre ideal ascético y filosofía es aún mucho más estrecho y riguroso de lo que las aparentes incoherencias de los textos filosóficos sobre las vidas de los filósofos sugieren. Hadot le exigió al historiador de la filosofía el sentido histórico que Nietzsche le había exigido a los filósofos; a los filósofos les exigió que fueran ascetas. El significado de los ideales ascéticos que Nietzsche estudió como genealogía se convierte en manos de Hadot en un ejercicio espiritual. Bosch-Veciana ha visto muy bien que la formación

“Respecto a lo que sabe, el filósofo se muestra siempre irónico y reticente.”

católica de Hadot está detrás de esa conversión que ha llegado hasta Foucault: gracias a Hadot pudo Foucault preconizar el cuidado de sí.

La segunda lección de Bosh-Veciana insiste en que la filosofía entendida como un modo de vivir es una respuesta a la pregunta sobre qué significa filosofía. En el itinerario de Hadot, la dedicación al estudio del neoplatonismo fue determinante. En la medida en que ni el neoplatonismo ni el platonismo son la filosofía de Platón, Hadot fue consciente de que la temprana asimilación cristiana de la filosofía antigua no agotaba la filosofía en sí misma. Lo que algún comentarista de Hadot ha llamado la *rétroaction philosophique* nos devuelve, precisamente, al principio, al momento que todo comentarista reconoce como crucial, cuando la tradición desaparece al empezar a interpretar.

Antonio Lastra
Instituto Franklin de Investigación en
Estudios Norteamericanos
Universidad de Alcalá